

## “LA FAMILIA COMO CUIDADORA DE LA VIDA”

*“La hospitalidad no es una invitación engañosa a adoptar el modo de vivir del que hospeda, sino el don de una oportunidad en la que el invitado puede descubrir el suyo”*

*H. Nouwen, “Abriéndonos”*

Este pensamiento tiene la intención de ubicarnos como punto de partida en el lugar cálido y acogedor que es la familia, espacio de hospedaje al que se refiere Nouwen, donde el hijo es como un extranjero que los padres esperan, le ofrecen lo mejor cuando llega y luego despiden cuando ellos pueden, con libertad, recorrer otros lugares.

La familia es el lugar humano donde la persona nace y se desarrolla en camino hacia su plenitud. A riesgo de ser redundante, me parece que es igualmente necesario aclarar que al decir “lugar humano”, quiero significar que no es un espacio social o físico solamente, sino también psicológico y espiritual que permite o no, el desarrollo y plenificación de sus integrantes en la jerarquía que les corresponde: de padres a hijos.

Las circunstancias harán que tanto el nacimiento como el desarrollo posterior puedan continuarse en el lugar de origen, pero si así no fuese, siempre son los padres los que dan los elementos necesarios para que el nacido pueda ir desplegando la persona que ya es. Al mismo tiempo, él les va devolviendo a quienes le cuidan, la gracia de convertirse en padres reales, constituyendo juntos una familia verdadera.

Todo esto es lo que se pone en riesgo cuando la familia no cumple con la misión a la que su propia realidad obliga. Si bien el niño necesita de cuidados imprescindibles para conservar su vida, la vida humana no es únicamente una cuestión biológica. La vida se irradia y es trascendencia psicológica, social y espiritual. El crecimiento físico es apenas el suelo

desde donde alguien alcanza etapas vitales llenas de sentido con las que va inscribiendo en el mundo su realidad original.

Quiero decir que la vida humana transita por un crecimiento físico en dirección a la plenitud personal orientada por una familia, originándola a veces pero cuidándola siempre.

El ciclo vital familiar es un complejo proceso que involucra tres o cuatro generaciones que interactúan juntas en el tiempo. Mientras que una generación se encamina hacia la vejez, la siguiente está lidiando con el despegue de sus hijos, la tercera con la formación de la pareja y sus proyectos y la cuarta en tratar de lograr un espacio entre los mayores como miembros más jóvenes e inexpertos. En este transcurrir tragicómico, suceden las crisis que permiten la superación de las etapas y la resolución de los conflictos que aparecen en el camino. Nacimientos y muertes, logros, fracasos y expectativas no cumplidas al lado de alegrías por los éxitos esperados...

Así, podemos decir que la familia es una de las estructuras más importantes para el aprendizaje de los modelos sociales y también responsable, especialmente, de aquellos antisociales que promueven conductas opuestas a las que venimos señalando. Destructoras y por ende autodestructoras, esas conductas no son consecuencia, sino aprendidas en el mismo hecho pues así quedan inscriptas en la personalidad del que las sufre. La violencia en la familia es un aprendizaje en su propio núcleo que luego se transfiere a la sociedad.

Niños o adultos son golpeados, insultados, descalificados, denigrados, abusados psicológica o físicamente, explotados económicamente, instigados a robar y víctimas de todas las variaciones posibles que llevan al niño o al joven finalmente a la enfermedad, a la muerte, o al suicidio.

Sabemos que las personas que han sufrido violencia la ejercen luego con el grupo, con la sociedad y contra si mismas, continuando esa triste

cadena de maltrato - inseguridad – agresión.. En general se responsabiliza a la policía a la escuela o al sistema judicial y en última instancia a la sociedad toda por el control de la delincuencia. Pero debería prestarse atención, especialmente, a la familia como formadora y orientadora en la incorporación de los valores fundamentales durante el proceso de formación de la personalidad del niño. Estos valores son los mismos que permanecerán vigentes en el púber, en el adolescente, joven o adulto y se irán actualizando y reforzando cada vez que sean convocados por las oportunidades de la vida.

La violencia es un acto que atenta con lo que naturalmente le pertenece tanto a las personas como a los otros seres de la naturaleza, por lo tanto también a los vínculos que las personas promueven y necesitan entre si y con el mundo para su vida en orden.

Por supuesto que hay muchas formas de ejercicio de la violencia que se podrán clasificar según las causas, los motivos, etc., pero aquí, en términos generales importa destacar que, en todo los casos, termina afectada la vida misma. Bastaría algún cuadro y algunos datos estadísticos, que ciertamente no son exactos nunca ni en ninguna parte, pero que son útiles como muestra de una tendencia generalmente negada, muchas veces conscientemente desde las responsabilidades sociales mas elevadas, para dar una idea de que convivimos con el suicidio diariamente. Alguien se mata cada día en varios lugares de nuestro país.

Pero el lugar de crecimiento de las personas sigue siendo la familia. Es justamente en el seno de la familia donde la identidad de cada uno se va formando con mayor intensidad, porque en ese ámbito cada persona es quien es, tiene un lugar, es reconocido como tal. Es decir, vive como él es, como le corresponde. Es evidente que cada uno de nosotros está vivo porque alguien le reconoció su derecho a existir y a ser asistido.-

Si el hombre sufre por esto, es porque esto debería estar y no está. Y si le corresponde, es de su naturaleza. Hoy no reconocemos esa naturaleza, ese orden, mas bien suponemos que la libertad absoluta no reconoce ningún orden, el hombre es el que ordena el mundo.

El hombre actual tampoco ve con claridad la verdadera dimensión de su libertad, casi está encandilado con su libertad sin límites, absoluta, de tal modo que es poco probable que esté dispuesto a no aceptar ningún orden que no salga de él mismo. A tal punto es esta omnipotencia que cree ser Dios, y luego sufre la herida narcisística de no serlo.

La familia es hoy más necesaria que nunca, sobre todo porque todo parece atentar contra ella en un suicidio colectivo inexplicable y solamente justificado por un beneficio mezquino y absolutamente ignorante del propio perjuicio, sean quienes sean sus autores. Actualmente la familia ya no es el lugar para el desarrollo del varón y la mujer, parece que dejó de ser la institución natural que de hecho le pertenece a los humanos, sino que es una creación del hombre y con alguna finalidad determinada.

En los últimos 30 años y especialmente en los últimos 10, el concepto de familia ha perdido su fuerza de coherencia , de institución natural y por lo tanto no se la acepta como modelo a seguir. Hoy se sostiene que son muchos los modelos de familia, por lo tanto habría que hablar siempre en plural: familias. Así, cada uno podría elegir del mismo modo que el sexo, el tipo de familia que quiera para su vida y la de sus hijos como si las diferencia entre un tipo y otro no fueran profundas sino solamente de organización. Creo que se dimensiona solamente la forma y no el contenido.

Pero el hijo desde antes que nazca ya comienza a participar del afecto familiar recibiendo y dando a los demás la futura presencia revitalizadora de su ser. El niño que nace en un entorno donde las bases están debilitadas, es posible que esté condenado a compensar permanentemente las carencias

primarias de aquellos sostenes que debieron ayudarlo a vivir. Pero para el hombre no es suficiente vivir, es necesario que viva bien, esto es desarrollarse, crecer, ser feliz, realizar su vida trascendiendo su individualidad con la marca de su originalidad en el mundo.

Los niños tienen acceso a la comprensión del concepto de la muerte no antes de los cinco o seis años, por debajo de esa edad la idea es muy rudimentaria, no saben qué es morir. Por lo tanto es imposible que tengan ideas suicidas o intenten participar activamente de la muerte. Por encima de esa edad se comienza a considerar a la muerte como un suceso inevitable y universal. Paralelamente al concepto de la muerte se va incorporando el de suicidio a través de información que han recibido aun en situaciones precoces, por ejemplo en programas de TV o películas supuestamente dirigidas a niños. A veces también por comunicación de otros niños que han pasado por situaciones suicidas en su familia.

Los principales motivos entre los niños y adolescentes para el suicidio son las dificultades en las relaciones afectivas y los problemas familiares entre los padres, o con alguno de los padres. El clima emocional familiar tiene repercusión positiva o negativa en la formación de la personalidad, y si aquél es caótico o poco ordenador la personalidad se puede estructurar con algunos rasgos que influyen negativamente en las posibilidades de adaptación y aceptación por parte del joven. A menudo las respuestas vividas o incorporadas son timidez, agresividad, impulsividad, desesperanza, etc. Por otra parte si este joven no tiene fuentes intensas extra familiares en personas que puedan contener el desastre interior que él siente crecer y que le permita una mejor integración, el suicidio puede ser una forma anormal pero no tan extraña de evadir o de intentar resolver, para si y para los demás, los problemas familiares.

Muchas veces son justamente los padres quienes, a pesar de estar mas cerca del adolescente suicida (o quizás porque en verdad no lo están)

son los que menos advierten esta posibilidad. Los cambios suelen ser tan sutiles que por ello no se toman en cuenta como indicadores claros y esto se debe a que la cotidianeidad los disimula. Otras, la negación que hacemos de aquellas circunstancias que nos duele demasiado si fueran advertidas o la mala o nula comunicación, impiden que se tomen en cuenta los llamados de auxilio o amenazas de suicidio reiteradas. El suicidio de algún familiar, puede ser la ultima comunicación de una intensa soledad vivida en el medio de una familia de numerosos incomunicados.

Muchísimos son los entrelazados de causas y motivos por los cuales alguien se mata. Nunca es una causa ni una situación por la que alguien lo decide. Hay familias que depositan en sus hijos sus esperanzas de desarrollo, de modificar sus situación económica, de salir adelante constituyéndose en verdaderos mandatos que en contra de los deseos o posibilidades del hijo, ejercen una presión que se puede vivir como definitiva y conducir al pensamiento suicida si no se cumple.

El mundo post-industrial no necesariamente tiene que ser materialista, utilitario y deshumanizado. No se puede aceptar tranquilamente que donde hay progreso y avances científicos la familia deja de ser el inicio y fortaleza de la vida humana. La familia es el lugar desde donde el hombre se plenifica, es el lugar que orienta la felicidad de sus integrantes, pero es también y justamente por ello, sacrificio, aventura y esfuerzo. El dolor, la muerte, las situaciones límites están potencialmente presentes en el camino del crecimiento, para el fortalecimiento del mismo, para poder ir buscando el camino correcto y enseñar cómo cada hijo lo encontrará luego por sí mismo. Pero la huida y el fracaso siempre son consecuencias inevitables del error o de la ignorancia, nunca como solución facilista o mezquina.-

En una verdadera familia, verdadera quiere decir realmente familia, inequívocamente, siempre hay quien puede dar una orientación correcta, o

bien un consejo o reprimenda capaz de hacer reflexionar a quien duda de la decisión a tomar. Siempre alguien podrá escuchar y ayudar a resolver el problema que se plantea y si es muy difícil, alguien estará para comprender aún así, y si no puede comprender, estará simplemente para acompañar. Esto es ya suficiente para que el que sufre no se sienta sólo, para darse cuenta que cualquier dificultad o dolor tiene un testigo. Y así el hombre vive su trascendencia, cuando siente la compañía segura y permanente de quien lo quiere.-

Pero a menudo la falta de tiempo y las vicisitudes hacen sentir como intrusos a los miembros de una misma familia. Los jóvenes se agrupan y abroquelan en lenguajes, costumbres y modismos propios casi incomprensibles para defenderse de los que no pertenecen a su grupo. Los padres se cierran entre sí para protegerse de la invasión global y los viejos casi no aparecen porque prefieren evitar el rechazo explícito de la falta de consideración a sus incapacidades. Es difícil unir a nietos y abuelos para que la ternura del viejo transmita la historia familiar. El anciano es demasiado lento para ser escuchado en un tiempo veloz.-

Y así, cada grupo etáreo, o mejor dicho cada uno de los integrantes de la familia vive su soledad entre los demás.

Sabemos que la vida no se da en soledad, sino que la misma se inicia, se desarrolla y enriquece con la participación de los otros.

La soledad real permite la reflexión, el disponer del tiempo propio da la posibilidad del cambio de rumbo u opinión acerca de lo que veníamos pensando o haciendo. Más aún, la soledad favorece la creatividad y la iniciativa distinta en el rumbo previo.

En cambio el sentimiento de soledad nos enfrenta al vacío, el fracaso comienza a hacerse presente como si nuestro error nos condenara al destierro por parte de los otros. Comienza a invadirnos la nostalgia de todo lo bueno que sentimos que nuestros seres queridos no nos ofrecerán más.

Así se vive el sentimiento de soledad; como un hundimiento definitivo en el lugar donde los otros están ausentes. Es decir, estuvieron antes y ahora no, la soledad es la ausencia de los seres queridos. No es solamente que no están ahora, ya no estarán más. La propia soledad los declara ausentes y aumenta el vacío hasta el infinito.

Es entonces donde el amor y la muerte se tocan. Si falta el amor, la muerte es inevitable. El amor exige la presencia del que ama. Y cuando éste no está, la muerte comienza a ocupar ese vacío.

Frente a la tragedia ocurrida, la familia pasa por momentos y sentimientos que ocurren de un modo distinto y con emociones encontradas y particulares según se trate de un intento o de un suicidio consumado.

La angustia acompaña el momento de saber que un familiar ha intentado matarse, pero al mismo tiempo la alegría de saberlo vivo o recuperable, alivia el dolor y es la ocasión para tomarse de ella y festejar que el intento haya fallado. Sobreviene la incertidumbre, las preguntas, la autoreferencia en relación a “qué tuve que ver yo en esto” y la culpa como necesidad de encontrar respuestas, causas, motivos y sobre todo para encontrar en uno mismo la posibilidad de cambiar el curso de los acontecimientos y evitar una futura acción similar, un nuevo intento. Tal, la omnipotencia humana, buscar en uno las justificaciones más íntimas del otro.

Allí comienza un largo camino de dificultades, diálogos, actitudes de desconcierto y encuentros que culminarán, en el mejor de los casos, con la reubicación como miembro de la familia de una persona nueva que deberá mostrarse distinta y ser aceptada como tal en un núcleo familiar que también habrá cambiado, de lo contrario este “nuevo” integrante no tendrá el lugar ni las características de aceptación que necesita. No me refiero a un enfermo al que hay que aceptar con sus nuevas discapacidades, sino a

una persona que no es la misma de antes y ahora probablemente sea más plena y más verdadera, pues ha pensado su muerte y su decisión fue enfrentarla. El dolor de sus seres queridos los descubre a ellos como tales, queridos, y por lo mismo a él lo revela como necesario.

La dolorosa circunstancia se habrá convertido., por obra del sentido, en oportunidad para la aceptación y comprensión familiar.

En cambio, cuando el suicida logra su objetivo los sentimientos son confusos y sorpresivos, traumáticos por la intensidad y dimensión de lo que aparece y dolorosos porque los afectos son invadidos por la pérdida y sensación de vacío inexplicable.

La angustia invade el yo de los familiares desde el mismo momento en que se anotician de la muerte, el hecho de que sea autoprovocado es incorporado en segundo término como si formara parte de las explicaciones de algo que todavía no tiene razones para haber acontecido, tal es la sorpresa. La angustia se puede definir como miedo al futuro, en este caso a la ausencia que habrá en el futuro, el miedo al vacío que sobreviene, a la soledad del que murió y a la propia, a la muerte que se hizo presente, a muchas cosas más... y con este miedo aparece la autocompasión, la tristeza por la nueva situación, por lo que ahora les está pasando.

Como siempre que lloramos por alguien, también lloramos por nosotros mismos. Suceden entonces una serie de sentimientos necesarios para reacomodarse psicológicamente a la nueva situación.

Frustración, culpa, vergüenza, depresión y finalmente aceptación y comienzo del duelo.

Se han realizado estudios comparando el duelo de los familiares ante diversas causas de muerte y se ha estimado que puede haber un mayor impacto en la muerte por suicidio. Parecería que la diferencia es sobre todo en la intensidad de la reacción por el duelo. Los sentimientos de culpa, búsqueda de las razones (sobre todo en los padres y más en las madres),

agrega además, un mayor riesgo de suicidio en los supervivientes durante esta fase culposa.

Otras características en las familias donde alguien se suicidó son el miedo al estigma por el hecho y, aunque parezca mentira, temor al contagio por parte de los mismos familiares aún en situaciones de parentesco no muy cercano.

Cada persona, dentro de la familia, desempeña un papel que garantiza seguridad y continuidad, si éste falta, causa perturbación en esa relación.

Para que una familia pueda reasumir su funcionamiento normal, la familia entera debería reconocer y aceptar la realidad de la pérdida, deberían tener una experiencia compartida de dolor familiar, reorganizarse en el cambio que seguramente aparece y reestructurarse en las nuevas direcciones de las relaciones y metas familiares. Esto es siempre así en los casos de pérdida o ausencia de un miembro, lo diferente en este caso, está dado por la sorpresa, la tristeza y la culpa que cobran una significación particular por su intensidad.

Quizás la culpa, que inevitablemente siempre está presente en estos casos, sea una toma de conciencia tardía de quienes cercanos al suicida, intuyen que no han estado lo suficientemente presentes en la vida del que huyó por sentirse tan solo.-

Presencia, afecto y comunicación son los nombres del cuidado. Estar, íntegramente, aceptándolo por cariño y expresándolo, es la manera de cuidar.

Cada miembro de una familia es importante siempre porque esa familia es solamente constituida con él. Cada uno será el cuidador del otro, haciéndose fuertes mutuamente en el intercambio permanente de la preocupación.

El crecimiento de toda persona está unido a la capacidad de elaborar positivamente las pérdidas e integrar nuevas conquistas. No se puede crecer sin sufrir, justamente el crecimiento tiene que ver con la posibilidad de aceptar creativamente el principio de la separación y de la pérdida

Y cuando la separación es por la vida misma, el verdadero riesgo no es el de los padres que temen que su hijo no gane la partida, es el del adolescente mismo que arriesga su propio modo de vivir en cada decisión que va intentando.-

Es la vida como riesgo, no de muerte sino de plenitud, de poder ser él mismo o de quedarse en la frustración permanente de rumiar lo que pudo haber sido.

Si no hay confianza, no hay seguridad: habrá duda, debilidad; si no hay presencia, no hay compañía: habrá soledad, aislamiento; si no hay comunicación: habrá desconcierto en el diálogo interior: no se conocerá; si no hay riesgo, no habrá riesgo, desconocerá sus límites propios, su propia medida, sus virtualidades. Vivirá achicado en sus posibilidades o se exterminará en la vida extralimitada y desbordada en sus diversas maneras de morir: violencia, droga, alcohol, vacío, soledad o suicidio.-

Los hijos deberían comprender que cuando ellos están pasando por alguna dificultad terrible y aunque se hallen vuelto contra sus padres, los padres siempre los espera . Son los hijos los que rechazan la mano que espera, a menudo por la desesperación y la pérdida de esperanza, de la comprensión y del perdón. No son los padres los que expulsan a sus hijos, sino éstos, desesperados los que se excluyen a sí mismos.

Es posible que así se sientan por la escasa explicitación de ese amor presente aunque velado. Aquí reside la verdadera explicación del sentimiento de soledad de un hijo: en la suposición de que ya no existe más la incondicional espera de sus padres.

Probablemente, y a menudo sucede, que una persona se aísla internamente de tal modo que no conserve ninguna esperanza de cambio, inclusive cuando se le ofrece explícita y abiertamente ese perdón. Los psicólogos sabemos lo difícil que es, a menudo, hacer comprender a una persona que los demás lo quieren, no lo juzgan, en fin que él existe digno para ellos, cuando esto no quedó inscripto en las primeras etapas de la formación de la personalidad del hijo.

Parte de esta enseñanza es la educación en los límites y actualmente los límites, aquella contención protectora que nos rodea y nos determina en lo que somos, cada vez son menos claros y pareciera que no corresponden a nuestras necesidades.

La ambigüedad tomó el centro de la escena en muchos espacios donde la seguridad y claridad debían ocuparlo. Por ejemplo, las discusiones culturales suplantaron las esenciales y los modos en que la vida se expresa reemplazan hoy a la consideración por la vida misma. La reflexión sobre el matrimonio, por ejemplo, fue abandonándose en pos del estudio de cómo la cultura lo expresaba. La cultura pasa a ser un absoluto en sí misma. En un mundo con tantas variedades culturales, uno de los modos de tolerarse mutuamente, suele ser la ambigüedad. Evitemos el conflicto antes que nada, aunque sea a riesgo de perecer.

Cuando todo es ambiguo, no hay identidad clara, el otro no tiene forma definida y nadie sabe cuál es la salida. Las señales no son explícitas y los más débiles, cuando están perdidos, saltan al vacío.

Estos son algunos de los motivos, por lo menos, algunos, originados en el seno familiar, que explican que la vida de sus integrantes no esté cuidada. Todo lo contrario, los límites son débiles, inconsistentes, casi no existen, y los dolores y sinsabores no pueden ser contenidos ni calmados como debieran.

Allí donde las paredes son débiles, el frío penetra por las rendijas. Allí donde el amor no es fiel, profundo, claro, transparente y firme, seguramente los que crean que son amados no tendrán la suficiente resistencia para cuando el inevitable sentimiento de dolor aparezca. Cuál será el refugio entonces? Qué lugar puede ser más seguro que allí donde suponemos que nos quieren, nos aceptan, nos necesitan? Y si ese lugar no existe o no es solidario, entonces es probable que aparezca el sinsentido, esto es la sensación de que todo vale lo mismo, que no es trascendente que uno esté o no esté.

Cómo es el mundo actual en el que el suicidio parece, cada vez más, ser el modo de escaparle a la muerte? Es una paradoja tal que en la sociedad de hoy la muerte, en cualquiera de sus formas, es tan insopportable y amenazante, que el suicidio, cada vez más se elige como el escape posible.

Las causas de esta “cultura de la muerte” actual, están en el individualismo y subjetivismo de la cultura moderna. Es decir, es necesario evitar todo aquello que nos exponga, que nos comprometa ante los otros, que nos convierta en verdaderos existentes, personas.

Hay coincidencia general en que abunda un relativismo de valores morales que impide al hombre de hoy conocer la verdad y los valores absolutos para lo cual, obviamente, es necesario salir de sí y comprometerse con la realidad propia, sea ésta cual fuera. Por ejemplo, para los padres, sus hijos.

Según la Dra. Del Bosco, lo que hace sufrir al ser humano hoy son:

- La soledad, porque necesita estar acompañado
- La incomprensión, porque necesita ser comprendido
- La incomunicación porque tiene necesidad de comunicar

- La falta de conocimiento porque necesita saber
- La indefensión, es decir, su propia debilidad desde que es gestado, criado, cuando está enfermo, cuando es anciano, cuando los otros no existen.

La familia es el trampolín desde donde uno decide cambiar el mundo en una cultura de vida o una cultura de muerte, en la medida en que se disponga a vivir en el amor o a morir en el egoísmo y el odio.-

Como dice el padre Fabbri, la familia es la escuela del amor. Y educar en esta escuela es un proceso mediante el cual se desarrollan las capacidades y potencialidades de la persona para que pueda vivir libre, consciente y creadora. Y así poder participar en la medida de sus posibilidades, en la constitución integral de la realidad humana.

La familia ocupa un punto clave en la vida humana, en ella se reciben los primeros esquemas mentales para interpretar la realidad, el tono afectivo primario de las emociones y la instrucción elemental sobre el mundo y sus significados. Es en este núcleo creador donde el niño y el adolescente van aprendiendo y eligiendo su propia existencia individual, hasta llegar, luego de un largo proceso a lograr una mirada y comprensión propia del universo, igual, parecida, o distinta a la de su familia.

En este proceso, los padres deben cumplir con ciertas funciones propias de su realidad como adultos formadores y cuidadores de la vida del joven. Nadie aparece en la vida ordenado y con el aprendizaje suficiente para vérselas en este mundo. Es necesaria la educación, el ejemplo y la dirección de quienes han transitado antes.

Es responsabilidad, entonces de los padres capacitarse para la enseñanza exigida.

El crecimiento de la persona no es automático sino que presupone una explícita intervención de los educadores. Los padres en primer lugar para la transmisión de los valores y el aprendizaje de las virtudes.

Autoestima, educación, enseñanza y práctica de las virtudes son para cada uno la mejor protección frente a las dificultades de la vida.

Una educación sobreprotectora quita a los jóvenes la fortaleza indispensable para llevar una vida verdaderamente humana. La sobreprotección es educación en la debilidad, es en realidad una forma larvada de abandono. Le quita al hijo la posibilidad de resolver, cuando todavía es pequeño, las dificultades de la vida que más adelante crecerán con él. Y entonces probablemente los padres no estén para ayudarlo, solamente quedará dentro de ellos el ejemplo que les hayan dejado para ese diálogo interno que sí lo acompañará siempre.

La fortaleza no es fuerza ciega, se nutre de la fuerza mas intensa, la del sentido, de la verdad.

La vida del hombre no es sólo biológica. Es también psíquica y espiritual. No es el cuerpo solamente el que muere, es el hombre. Todo el hombre, cuerpo, alma, inteligencia y libertad. El cuerpo es solamente el vehículo de la realización y expresión del hombre entre los otros hombres. Por todo esto, los padres son responsables ante sus hijos.

Si la familia es la cuidadora de la vida, solamente es familia en su realidad más honda, aquella en la que los padres logran que sea el lugar de la plenitud de sus integrantes. Cada familia es como es porque los que la hicieron la organizaron de tal manera. La familia es la que cuida a sus integrantes porque cada uno hace que el otro viva y viva bien, pero es innegable que los padres son los responsables directos de que una familia sea como es.

La felicidad de los hijos es, en el principio, responsabilidad de los padres, la propia felicidad vivida es la lección que el padre enseña a sus hijos.

Cualquiera sea la modalidad y condición social y económica de una familia, siempre debe ser el lugar de la confianza, del estímulo, de la aceptación y del perdón

Cuando ese lugar no existe, los propios errores y equivocaciones no tienen soporte en la existencia. Debe haber alguien que permanentemente nos haga sentir que somos siempre necesarios, que no es lo mismo que existamos o no, que no da igual que estemos bien o mal. El sentimiento de que nuestra presencia no es necesaria nos debilita hasta el deseo de desaparecer. Rápidamente se percibe que el mundo no nos necesita si no hay alguien que nos sienta necesario. La ausencia de los padres es algo muy significativo para la justificación de la vida de los hijos, es la desprotección mayor que siente el joven a la hora de sus balances. Entonces desaparecen los “para qué” que orientaron su vida.

Nada de lo que hacía aún con temor y desgano valió la pena. El vacío y la ausencia son más dolorosos que la agresión. Cuando sentimos que a nadie importamos, se pierde el sentido de nuestras acciones. Para el niño, sus padres son Dios, y cuando Dios está ausente, la vida pierde su sentido, no vale la pena vivirla.

Resulta auspicioso saber que, cada uno de los miembros del grupo familiar, no sólo contribuimos a la cooperación general, sino además podemos, aún sin saberlo, ser el sostén ignorado de la vida de cada uno de los integrantes de nuestras queridas familias.-

*“La difícil tarea de los padres consiste en ayudar a los hijos a desarrollar una libertad que les habrá de permitir mantenerse de pie por sí mismos, física, mental y espiritualmente, permitiéndoles después partir, cada uno en su propia dirección”*

*H. Nouwen*

Lic. Carlos Boronat  
Centro de Asistencia al Suicida, Bs As  
Argentina